

PODER CULTURAL. PODER LOCAL

Consejo científico de la revista *Periférica*

Antonio Javier González, Enrique del Álamo, Luis Ben, Salvador Catalán

El año 2003 es un año electoral. Se celebran las elecciones que más cargos públicos eligen, las que más remueven a los poderes públicos. Bien de manera directa generando miles de gobiernos municipales. Bien de manera indirecta influyendo sobre la vida política general del país y sobre su equilibrio de fuerzas. Lo que nadie discute es que, fragmentado quizás, existe un poder local que cuenta con numerosas complicidades con los ciudadanos. Lo que opina el alcalde o alcaldesa pesa mucho, genera mucha opinión, sus palabras suenan más cercanas y poderosas al oído del hombre y la mujer de a pie que las de la gran mayoría de los políticos. Las elecciones municipales convierten a España de norte a sur y de este a oeste. Parece increíble pero por sexta vez consecutiva, sin interrupciones, los ciudadanos y ciudadanas van elegir sus ayuntamientos en libertad. Veinticinco años y la de cosas que han sucedido, sobre todo en Cultura.

Hemos pasado de la nada al caos, del desierto franquista a las peleas cotidianas sobre mezquindades propias o ajenas. Obsesionados por el "hacer, hacer, hacer" pasamos al "construir, construir, construir". Después vino la angustia de las penurias económicas. Vivimos clamorosas épocas de desconfianza entre gestores y responsables políticos. La angustia de los públicos desertando de nuestros equipamientos alcanzó a muchos más de los que lo reconocen. Y hoy, aun sin rumbo

claro y conocido, vemos cómo más gente de la precisa, y en todas las orillas, se apunta a la caza del pueblo, al clientelismo de masas e incluso a las formas más soeces de patriotismo local. Operación Triunfo nos está barriendo a todos.

¿Hay lugar para la esperanza? ¿Es esta realidad la que imaginamos hace algunos años cuando, jóvenes aún, trabajábamos por un país más culto, más crítico y más creativo? No es esto lo que quería la mayoría. Con seguridad no es esto lo que desean los ciudadanos. Por encima de todo creemos que no es esto lo mejor que se puede ofrecer a la sociedad desde los ayuntamientos de la democracia. Hace falta un programa nuevo, y desde la cultura se pueden escribir muchas páginas de ese programa. Una cultura que apoye una nueva ciudadanía más abierta, crítica, participativa y constructiva. Una cultura que ayude a reordenar la ciudad y su uso para devolverla plenamente a sus habitantes. Un conjunto de nuevos derechos, de derechos culturales que se encaminen a un uso ético y estético del espacio urbano, que incluyan a los otros, a los diferentes, que respeten las identidades individuales. En definitiva, volver al viejo lema de libertad, igualdad y fraternidad, culturales en nuestro caso.

El problema es que no estamos muy seguros de que exista alguien o algún grupo interesado en liderar este cambio. Pero es preciso dar un nuevo impulso a las po-

líticas culturales locales. No podemos estar más tiempo sin capacidad para diferenciar lo que hacen unos de lo que hacen otros. No pedimos mucho. Volver a creer que hay playas bajo las calles, pensar que hay ideologías bienintencionadas tras los responsables públicos, creer que existe la posibilidad de elegir entre propuestas diversas y legítimas. Quizás estamos en el momento de reideologizar la vida cultural municipal. ¿Que si hay temas? Ahí tienen unos pocos: Lo público es y debe ser bueno. Lo público es la garantía de los socialmente más débiles. La cultura es dinero. Ese dinero es para todos. Las guerras de taifas deben finalizar. Pueden ustedes posicionarse a favor, en contra, en la duda, donde lo prefieran, es cuestión sólo de pensamiento.

Para este cambio, necesario y vital, se precisa un nuevo modelo de responsables públicos en nuestros municipios y diputaciones. No creemos estar pidiendo nada del otro mundo. Concejales de Cultura que escuchen, que propongan, que negocien, que lideren, que ejerzan el poder no ante el ciudadano sino ante los otros poderes. Ésta es la clase de políticos locales que pide la cultura para ganar centralidad, para obtener más inversiones y para construir ciudadanía desde la diversidad. Aquel que quiera arriesgarse apuesta sobre seguro porque la cultura es generosa y ofrece mucho. Otorga visibilidad a las políticas locales, es capaz de producir beneficios de todo tipo a la comunidad y garantiza una pluralidad de ofertas inagotable. El municipio y los responsables locales que apuesten de verdad por la cultura tienen asegurado un futuro de mucho trabajo pero también de

enormes rentas de todo tipo. Los ciudadanos y ciudadanas están algo aburridos de oír hablar del futuro estando en un presente tan plano y monotemático. En la cultura hay negocio pero es un negocio para los que entienden de él, para profesionales. En la cultura hay diversidad y tolerancia, ésta última se aparece como un bien escaso en los tiempos venideros y habrá que gestionarla con eficacia y esmero. En la cultura construiremos la belleza de nuestras ciudades y pueblos, la belleza que nos permitirá darnos a conocer y vivir más a gusto.

Son tiempos para la cultura o lo serán para la discordia, el enfrentamiento y la fealdad. Necesitamos municipios que nos conduzcan desde el caos actual a la satisfacción, la belleza y mejores libertades saltándonos, si es posible, el principio de incertidumbre. Los ciudadanos lo agradeceremos.

VV. AA.